



LA HOJA de PARRA

EDICIÓN ESPAÑOLA

Paseo de las Delicias, 60. Ap. 547. -Teléfono 1843

SUMARIO

UN PEQUEÑO REPORTER

Sección vermouth.

FIACRO YRÁYZOZ

El pastel de conejo.

JOSÉ MOREIRA

La prueba.

LETAMENDI

Cuatro frescas.

FERNANDO AMADO

Pelos en la cara.

LUIS DE OSSA

El secreto.

MIS-CELANEA

Ordubres variados.

TOVAR, CYRANO

Y DEMETRIO

Varios dibujos y retrato de
Manón.



5 cénts.

MANÓN

La cupletista más bonita de España, que esta noche debutará en Romea.



RESURRESIT! ¡Hoy es sábado de Glorial Resurgimos á la vida; la Naturaleza despierta; la Primavera se aproxima; Juventud rie con estridencias de placer apetecido.

■ Pasó el silencio místico; las campanas no suenan ya lentas y plañideras, que vol-

ha habido esta semana, y me meto sin quererlo á dar jipidos, más ó menos poéticos, en vista de lo cual me apresuro á cambiar de cilindro, porque no aspiro á que me traten en el *Heraldo* con motivo del Plutarco, florilegio ó como se llame, esa tar-

barra literaria, casi tan larga como la supervivencia de la Tórtola en nuestro solar, la cual Tórtola sale á bronca por danza, ó á danza por bronca.

Colocado este pequeño desahogo que me retozaba dentro, vuelvo á lo mío, sin más licencias métricas, porque mi verdadero propósito era decir á ustedes que al fin nos vemos libres de vigiliass y abstinencias y que ya podemos prescindir del bacalao y entregarnos con libre ardimento al uso de la carne fresca.

Algo quebrantados dejó nuestros cuerpos el potaje; pero, poco á poco, se irán recobrando fuerzas, y con ayuda del solomillo lograremos volver al vigor perdido, ó por lo menos adormecido por las espinacas. Yo no soy partidario de ellas; me gusta que haya donde

agarrarse, que dijo el clásico.

Será muy sano y muy higiénica la alimentación vegetariana, no lo discuto; pero lo que está fuera de duda es que no resulta tan nutritiva como la carnívora, y voy á demostrarlo. Las coles, hacen, por lo general, mal cuerpo, porque ya saben ustedes que no siempre se tiene el cuerpo



El.—Tú que decías que la marquesa tiene lo menos cuarenta años. Anoche me aseguró que no ha cumplido los veinticinco.

Ella.—¡Conque veinticinco!... ¡Y lo que ha mamado!

tean alocadas lanzando al espacio metálicas carcajadas.

Anteayer Belleza—tocada de negro—oraba de hinojos,—al pie de la cruz;—y hoy pasa sonriente,—luciendo su busto—oliendo á claveles,—radiante de luz.

Bueno, pues resulta que quiero dedicar unas líneas al cambio de decoración que



— ¡Qué ración de besos te voy a dar en cuanto que seas mi esposa! ¡Va a ser chical!
 — ¡Lo que salga, Pepito, lo que salga!

para coles», los pepinos, producen hinchazones de malísimas consecuencias; el apio, causa la muerte, y sino acuérdense ustedes de los infelices que han sido *apio-lados*; la pera es malísima ¿hay algo peor que una pera?; el limón y la aceituna, tienen que comerse, aquél primero y ésta después, si se quiere que no originen un grave trastorno gástrico. Ya lo dice el cantar: «¡Arriba el limón y abajo la olival!»

En cambio, la leche, los huevos, el bistek... son productos animales, sí, todo lo animales que se quiera, pero ¡qué ricos saben, y cómo alimentan!

Tengo yo una amiguita, que le dió por ser vegetariana, y se metía tales atracones de berengena que llegaron a dejarla en los huesos, hasta que un alma compasiva, la convenció de que debía de cambiar de régimen alimenticio y a fuerza de huevos

fué recobrando la salud perdida y hoy da gloria de verla tan hermosa y rozagante.
 — Ahora, que esto no quiere decir que un servidor sea enemigo irreconciliable de los alimentos de origen vegetal, nada de eso. Las moras me entusiasman, lo mismo las de zarza que las de turbante, y aun estoy por decir que más estas últimas, porque la mora que se *turba-ante* es mucho más sabrosa que la que se turba después.

Y no digo nada de las judías, ¡me descoyunto por ellas! Tanto me gustan, que hay ocasiones en que me siento hasta sacerdote hebreo, y no vayan ustedes á creer que estoy tan mal de Rabino.

En conclusión; que ya pasamos de la angustiada Cuaresma, quedando libres de sus abstinencias y privaciones antipáticas, y entramos en Pascua florida, con su ambiente diáfano, de libertad hermosa, sus perfumados efluvios primaverales y sus cascabeleros cosquilleos de sangre moza.

Murió el potaje de espinacas. ¡¡Paso al solomillo con guisantes!!

Un pequeño reporter.



El.—Señora, pido á usted mil perdones por haber entrado sin avisar.

Ella.—¡Dios mío, qué diré este hombre de mí...

El.—Pues no diré más que la verdad, que está usted de primera.

El pastel de conejo

El pastel de conejo es tan antiguo como el conejo mismo, y la existencia del conejo se remonta á los tiempos prehistóricos. Un naturalista célebre, discípulo de Linneo, asegura que el substancioso roedor es con-



- Señorito, ¡el almuerzo en la mesal
- Espera, que tengo que darte un recadito...
- Después que almuerce usted, porque ahora se le van á enfriar los huevos.

temporáneo de nuestro padre Adán y por consiguiente de su señora, de Eva, que fué la que hizo con el conejo el primer pastel.

Desde entonces, hasta nuestros días, se han hecho infinidad de pasteles de la misma clase, y tanto Anthelmo Brillat Savarin en su *Fisiología del gusto*, como Angel Muro en su *Arte culinario*, y el simpático Lhardy en sus espléndidos escaparates, nos enseñan la diversidad de cosas que pueden hacerse con un conejo, además de las que ya conocemos cada hijo de vecino.

Pero aquí no se trata de eso. Se trata

sencisamente de referir una historia en la que el susodicho conejo desempeña el papel de protagonista, ni más ni menos que lo que ocurre en los dramas pasionales.

Ello fué que el conocidísimo y elegante marqués de *** á pesar de tener por esposa una hermosísima dama, admiración de los hombres y envidia de las mujeres, se encaprichó como un colegial de Lisette, una francesita muy rubia y muy espiritual, doncella de la marquesa y esposa de Jaime, su *chauffeur*.

Al principio nada notó el candoroso *chauffeur*, pero de tal modo se insinuó, que hízole entrar en sospechos, y llamando aparte á Lisette, ésta confesó de plano las impuras pretensiones del señorito.

La duda más horrible se apoderó del pobre Jaime. Por un lado comprendía lo peligroso que era para su dignidad continuar viviendo con su mujer bajo el mismo techo que sus señores; por otro, el renunciar de repente á los dos magníficos salarios le



Demetrio

—No, de ninguna manera; esta noche le cito en mi alcoba para decirle que pierda toda esperanzal



—Si esto no es mentar la soga en casa del ahorcado...

colocaban en un trance apurado. ¿Qué hacer? Después de meditarlo mucho decidió hablar á su amo, haciéndole algunas reflexiones, á fin de que desistiera de su aseo... y dicho y hecho.

Un día que el escamado *chauffeur* encontró al marqués á solas y mano á mano, le disparó el siguiente discurso, amenizado con la graciosa construcción que emplean los franceses que no dominan nuestro idioma:

—Señor marqués: Yo soy bien contento del honor que usted me hace de tenerme á vuestro servicio y también más todavía del honor de dirigirle miradas las más expresivas á Lisette. Mi mujer, ella vale bien poco para que usted se digne de mirarla. Usted tiene una muy hermosa señora de una belleza insuperable y haría bien de pensar sólo en ella, ya que la fortuna de poseerla le envidian tantas gentes. Dedíquese, pues, mi señor, á la señora marquesa un día y otro día, una vez y otra vez, y dé gracias á los cielos de haberos concedido esposa tantos méritos... y no se acuerde más de la mía. De lo bueno no debe cansarse uno jamás. Con que cada uno á la suya y todos seremos contentos.

El marqués escuchó impávido y sin desplegar los labios la peroración de su discreto servidor, y cuando éste se hubo retirado, llamó á su cocinero y le dijo:

—Desde hoy y hasta nueva orden vas á servirle á Jaime todos los días en su comida, un pastel de conejo, pero con la prohibición absoluta de que pruebe ningún otro plato.

—¡Está bien, señor!

Y sucedió lo que cualquiera adivina. Que Jaime comió el primer día con voracidad el exquisito pastel... y el segundo... y el tercero... Al cuarto día comió solo la mitad; al quinto apenas lo probó, y al sexto se levantó incomodado de la mesa, pidiendo que le diesen otros platos y dispuesto á quejarse á su señor.

Enterado el marqués de lo que ocurría mandó llamar al *chauffeur*, y así que lo tuvo frente á frente, le dejó con la peor de las intenciones:

—Señor Jaime: Sé que está usted des-



El soldado señorito.—¡Anda, mujer, dame unos céntimos!

La cocinera.—No puede ser, señorito, que son para mi novio que también es soldado.

El señorito.—Pero si se los voy á dar yo por limpiarme el corraje.



—En la sala está el viejo de ayer y dice que está decidido á hablarte, que se ha armado de paciencia.

—Es de lo único que se puede armar.

contento de la comida que se le sirve en mi casa, y no tiene usted razón para disgustarse; el pastel del conejo es un plato exquisito y muchos quisieran tenerlo en su casa. Cómalo, pues, de buen grado, un día y otro día, y una vez y otra vez, y dé gracias á los Cielos por haberle concedido ese manjar que os envidia mucha gente. Dedíquese, pues, á ese plato y no se acuerde los que como yo.

—¡Pero es que un conejo á diario, cansa señor marqués!...

—¡De lo bueno no se cansa uno jamás!, usted mismo lo dijo.

Comprendió el *chauffeur* la indirecta, se retiró cabizbajo, y según dice el cocinero, que es un gallego muy mal pensado, desde aquel día usa Jaime las antojos de su profesión para andar por casa.

Fiacro Yráyoz.

La prueba El señor de Rodríguez dió una larga chupada á su cigarro, como persona de robustos pulmones, dejó caer el periódico sobre la rodilla y dijo á su mujer:

—Con que, vamos á ver, hijita, ¿has decidido algo respecto de Sofía?

La señora de Rodríguez hizo un gesto de característica en noche de beneficio y contestó gravemente:

—No sé qué hacer.

—¿No te gusta el muchacho? ¿Te parece un partido indiscutible? ¿Crees que Sofía puede aspirar á más? A ver, responde; salgamos de dudas.

—Pues... no sé qué decirte. Cierto que no me parece Antonio un marido despreciable, pero ¡ay! dan los hombres cada chasco...

La señora de Rodríguez suspira profundamente al decir estas palabras amarguísimas.

—¿Supongo que no será una alusión á tu marido?—pregunta el esposo sonriendo.

—¡Oh! ¡tanto como una alusión!... Es una queja.

—¡Ah! ¿Tienes quejas de mí?

REPROCHE



El.—¡Qué tiempos aquellos en que yo estaba de huésped en tu casa!

Ella.—¡Ya, ya, qué poco te estorbaba la tripa entonces!

—Si que las tengo... Hace diez años que no me sientas sobre tus rodillas, que no me diriges la palabra sino para asuntos triviales, que no deshaces mi peinado que no...

—Considera, hijita—interrumpe oportunamente el señor de Rodríguez—que á nuestra edad no están bien ciertas cosas...

—El amor está bien siempre.

—Corriente, yo te amo, pero respeto tus canas.

—Que precisamente me han salido por respetarme demasiado... Los hombres sois incapaces de comprender el alma femenina.

—Bueno, bueno, déjate de disquisiciones lloronas y tratemos seriamente de la boda de Sofia. ¿Te gusta ó disgusta su futuro?

—Sí... Es buen mozo, arrogante, pero muy serio, demasiado frío... No se aprovecha de mis distracciones.

—La corrección nunca está demás.

—Sí, pero tú también eres un hombre correcto y en veinticinco años de matrimonio no hemos tenido más que una hija.

—¡Manuela!

—¡Teodoro!

—La Providencia está por encima de nuestra voluntad.

—Pero nuestra voluntad tiene mucha fuerza.

—No lo dudo.

—Y cuando se quiere... En fin, dejemos esto y ocupémonos del novio de Sofia. Insisto en que me parece demasiado respetuoso y temo que nuestra hija será desgraciada con él.

—¿Por qué?

—Porque es un temperamento apasionado, mientras que el de Antonio...

—El de Antonio, ¿qué?

—Me da el corazón que es todo lo contrario.

El señor de Rodríguez da una nueva chupada á su cigarro y responde filosóficamente:

—Pruébale.

—Pues, mira, puede que lo haga... Una madre debe someterse á todos los sacrificios por el porvenir de su hija.

Y la señora de Rodríguez sale del gabinete con cierta aristocrática majestad que sienta muy bien á sus enormes caderas y á su magnífico vientre. Al cruzar una antesala se encuentra con su doncella que lee LA HOJA DE PARRA.

—A propósito, Juana, tengo que hablarle.

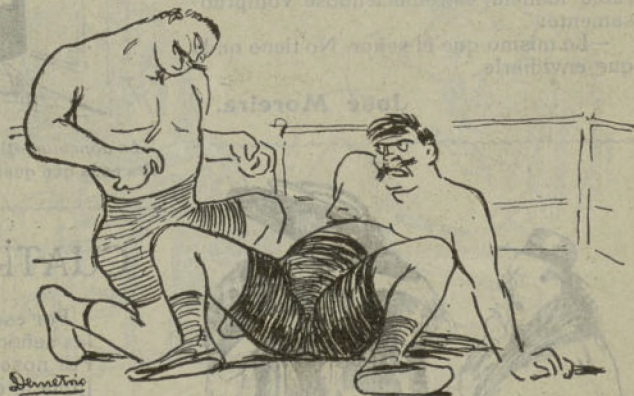
La doncella se pone en pie respetuosamente.

—Diga la señora.

—He pensado subirte el salario.

—La señora es muy buena.

—Sí, y además, cuando volvamos á Madrid te daré ocho días de permiso... ¡Tendrás tantas ganas de charlar con tu cabo



El que está de rodillas. —¡Mira que si fueras quien yo me sé!

de artillería! ¡Comprendo que una muchacha como tú, bonita, en la flor de la edad!

La camarera se ruboriza discretamente.

—A menos que ya tengas alguna distracción...

—¡Señora!...

—Sí, mujer. El novio de la señorita tengo entendido que es un hombre terrible, impaciente sobre todo.

—No tema la señora. Ese caballero...

—¿Qué te parece ese caballero?

—Un poco serio.

—¡Ay, Juana, qué favor podrías hacerme!

—Estoy á la disposición de la señora.

—Pues mira...

Durante cinco minutos habla en voz baja la señora de Rodríguez; Juanita asiente á

todo y al acabar la conversación se inclina con un gesto obediente y dice:

—Quedará complacida la señora.

Pocas horas después, á las tres de la madrugada, sale la señora Rodríguez de su habitación y se dirige á la antesala al mismo tiempo que Juanita, descalza, abandona la habitación donde Antonio de la Encina duerme en calidad de huésped y de futuro de Sofía.

—¿Qué?— pregunta la señora de Rodríguez poseída de un interés completamente maternal.

—Puede entregarle la señora su hija con toda confianza— responde la doncella, y alejándose sin ruido hacia el fondo de la casa, murmura para sí con una adorable malicia, estremeciéndose voluptuosamente:

—Lo mismo que el señor. No tiene nada que envidiarle.

José Moreira.

DISGUSTOS CONYUGALES



La doncella.—¿Lo ves? ¡Como siempre!, la señorita es la que queda encima.



El caballero.—¿Tanto quiere usted al perrito?

La señora.—Yo no, la niña.

El caballero.—¿Y es joven?

La señora.—Aún no tiene el me!

CUATRO FRESCAS

Por eso del Catecismo
las señoras se alborotan.
Por nosotros... ¡encantados!
¡¡que lo enseñen las señoras!!

⦿

¡Las cosas que se dijeron
la mamá de Preciosilla
y la mamá de la Chelo!
¡Ay qué mamitas!
¡tienen la lengua sucia
las pobrecitas!

⦿

Ha vuelto á Lara La Goya
y ya tiene á los periódicos
locos con tantos reclamos.
¡Rediez, con este fenómeno!
¡Se disloca por el Bomba
y se pirra por el bombo!

⦿

¡Cuándo llegará la hora
de que *ahueguen* en el tren,
doña Tórtola Valencia
y Madám Catul' Mendés!

Letamendi.

Pelos en la cara

Blanca y todo mi barba, yo no me la quito, porque sé que con ello se pierde más de un ochenta por ciento en el concepto de las damas. Mis amigos Joaquín Dicenta, Cristóbal de Castro, Gómez Hidalgo, Catarineu, y cuantos, en fin, lucen ahora su rostro rasurado, podrían, seguramente, atestiguar esta afirmación. No gustan á nuestras mujeres los rostros limpios, no.

Y á probarlo viene ahora como anillo al dedo la boda celebrada el otro día entre mi amiga Cecilia, hija de un fraternal compañero que vivió á mi lado durante los buenos tiempos pretéritos, y don Carlos A., distinguido ingeniero de minas. Porque este matrimonio se realizó gracias á mí y á un sencillo ardid que luego explicaré.

En la vecindad de Cecilia habitaban don Fernando A., médico militar y su hermano Carlos, de quien antes hablé: los dos hermanos, según después he sabido, gustaban de Cecilia, y ésta, que es una chiquilla incapaz de poner á sus actos fines interesados, ni de entrometerse á rebuscar lo que hay de perverso ó de excelente en las almas que la rodean, erigió mentalmente al militar en dueño de sus pensamientos.

—¿Por qué?

Cecilia me lo dijo con una ingenuidad pueril tan candorosa, que hubiese hecho reír á una estatua de Jano: «Porque don Fernando tenía barba».

—Eso es poco—repuse;—elegir en árbitro de tu vida á un hombre con quien acaso no congenies, por tener alrededor de la cara un barbuquejo de cabellos negros ó rubios, siempre me pareció á mí un solemne disparate.

—¿Lo cree tú así?

—Naturalmente.

—Pues el otro—contestó Cecilia,—Carlitos, no me gusta... ¡porque es calvo!...

¡Ser calvo, pensarán mis lectores, vaya un inconveniente! ¡Como si los hombres llevasen todas sus virtudes donde Sansón guardaba su sobrehumana fortaleza. Pero las deliciosas mujeres las gastan así, y... ¡vaya usted á verlas de esta adorable tontería, sin mengua del encanto, que es su más irresistible y cumplida seducción!

Otro día encontre á Cecilia muy compungida; poquito la faltaba para romper á llorar, tan grande era su cuita: acababa de recibir una carta de Carlos en la que éste declaraba elocuentemente su pasión.



La cocota.—Y, dime, Pepito, ¿tienes tanto que hacer en el cuartel que no te queda tiempo de verme?

Pepito.—Tanto, que en ocho días no he podido limpiar el fusil hasta hoy.

—¿Y qué piensas hacer?—pregunté.

—Nada; esperar...

—¿A qué?

—A que Fernando se me declare; aunque nada concreto me dijo, estoy cierta de su amor... sólo que su cariño, por lo mismo que es grande, tiene empacho en confesarse.

Después, abandonándose á la gran confianza que tiene conmigo, comenzó á hacer pucheritos: era muy deprimida, sus deseos jamás quedarán satisfechos completamente. ¡Ah! ¿Por qué no sería Fernando el autor de aquella carta?

Yo, que conozco bien á los dos hermanos, me creí en la obligación de dirigir á la inocencia de mi amiga, algunas ob-



La coupletista.—Oye, ¿es aquel torero, el que tiene una cadena de oro muy gruesa?

El botones.—Sí, señora; pero el negro ese que trabaja después que usted la tiene *muchísimo* más de gruesa.

servacionos: Carlos era un hombre de treinta y ocho años, juicioso y con una posición envidiable; mientras que Fernando, por las condiciones especiales de su alegre carácter y por su mucha juventud, aun no está en circunstancias de ser un marido perfecto.

Cecilia se tapaba los oídos para no oírme.

—¡Déjeme usted en paz!—repetía.—Fernando, tarde ó temprano, se declaró á mi, y ese es el único hombre que yo puedo querer... porque tiene barba.

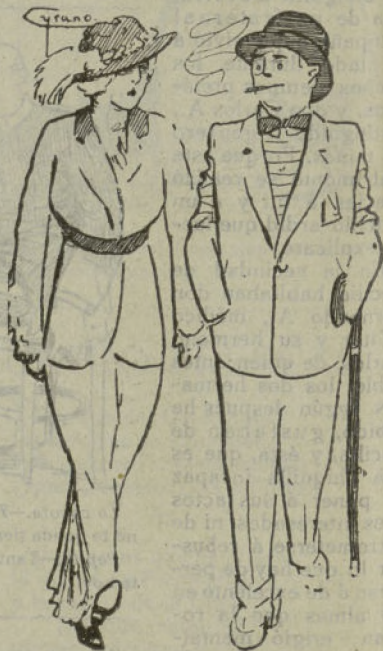
Una conversación de dos horas me persuadió que la pasión que el militar inspiraba á mi amiguita no tenía razón ni fundamento alguno, y entonces resolví destruirla por mí mismo. Al día siguiente dirigí á Fernando A. el siguiente anónimo:

«Caballero: Una viuda joven y rica y muy guapa, según usted tuvo la galantería de afirmar espontáneamente en cierta oca-

sión, sería capaz de amarle siempre, si usted quisiera quitarse la barba.»

Por la noche ví á Fernando A. como yo esperaba verle: completamente afeitado. ¡Qué decepción para Cecilia!... Este *desengaño* (ella lo llamaba así) destrozó su corazón, precipitando á mi amiguita entre los brazos de Carlos, y, como la conozco bien, todo me mueve á creer que será muy feliz.

Fernando Amado.



—Me han dicho que Juanita ha tenido una tontería con su novio.

—Sí, hija sí. Ha tenido una tontería que parece un chico recién nacido.

Lea usted el martes
EN EL LIBRO POPULAR

La primera de abono

Novela de
ANTONIO DE HOYOS

Ilustrada por Marín

El secreto Leyendo noticias como la que seguidamente voy á contar, es cuando uno se alegra de haber nacido Pirineos acá y de vivir pegado al riñón de la muy vieja, pero también muy noble, Castilla.

M. M. L., comerciante y vecino del pintoresco pueblecito llamado Boulogne—sur



—¡Pobrecillo, me dice en su carta que está próximo á la locura, que le arde la cabeza y que se pesa el día metiéndola en agua helada!

—Seine, había notado la desaparición de varios billetes de Banco: primero, se marchó un reverendo billete de cien francos; luego, otros dos; después, uno de cincuenta... y el terrible desfile no tenía trazas de concluir.

L. vivía con su mujer, una moza de veintitrés años, muy linda, y un dependiente que apenas cuenta diez y ocho. En éste, como es lógico, recayeron las sospechas del comerciante.

Cierta noche, y aprovechando una ausencia del muchacho, L. practicó en el cuarto de su subordinado un escrupuloso

registro que dió por resultado el hallazgo de setecientos ochenta francos.

—¿Qué tal?—pensaría monsieur L. para su chaleco de franela;—¡fuese usted de los hombres con aires de mosquita muerta!

No bien el dependiente volvió, M. le cogió por los cabezones, conjurándole á explicar el origen de aquel dinero, so pena de una pateadura con la hinchazón de carrillos y quebrantamiento general de huesos consiguientes. El chico, al principio, quiso negar; después, empezó á turbarse. Pero M. le curó instantáneamente metiéndole un puño por las narices.

—¡O hablas—gritó,—ó te desuello vivo! Y la víctima habló... y según hablaba, el pobre comerciante iba palideciendo... palideciendo... de modo que, cuando el interrogatorio concluyó, estaba el hombre que no le llegaban los calzoncillos al cuerpo. El muchacho declaró que tenía aquellos setecientos ochenta francos en depósito.

—¡En depósito!—repitió L. incrédulo.

—Sí, señor.

—¿Cómo? ¿Quién te los dió?

—La señora de usted. La señora pensaba reunir pronto mil francos y escaparse con ellos.

—¡Con ellos!

—Sí, señor: con ellos... y con un cabo de



—Pues si viene un minuto después no me encuentra en casa, porque no estoy más que por la mañana.

—Córcholis, ¡y yo que estaba en la creencia de usted recibe á todas horas!

infantería, con quien hace tiempo está en relaciones.

El muchacho podía darse ya por satisfecho y bien vengado, pues si L. le había metido un puño por la nariz, él acababa de lanzarle contra la boca del estómago un notición que equivalía á un puntapié. Pero, como la juventud es cruel, el chico prosiguió:

—La señora ha querido envenenarle á usted varias veces, para quedarse libre y poder casarse con su amigo. Al fin, viendo que los venenos que usó no eran bastante fuertes, decidió escaparse.

M. L. recordó entonces que, efectivamente, en varias ocasiones había sufrido vómitos, calambres y retortijones de entrañas, cuyo verdadero origen el médico que le acudió no supo explicarle. Con lo que se le puso carne de gallina y le entró tal laxitud en las articulaciones, que apenas podía mantenerse en pie.

Aquella misma noche M. L. dió cuenta de lo sucedido á M. Lépine, comisario de policía, quien detuvo á la culpable, sometiéndola en seguida á un careo con el delator. Madame L., considerándose perdida, rompió á llorar, diciendo que, si era cierto que quiso «dar morcilla» á su esposo, fué porque su cabo se lo había aconsejado.

Desenlace de este drama: el cabo y el dependiente están procesados. A madama L., no la sucederá nada; su esposo la ha perdonado llorando, y el juez, cediendo á las súplicas del marido, la dejó marchar.

Y, ahora es cuando yo creo que M. L. merece «la morcilla».

Pase que perdone lo del robo. Pase, también, lo del envenenamiento; y cuidado si para ello hacen falta buenas tragaderas. Pero... ¿y lo otro?...

Madame L. dirá justamente que hay hombres con quienes no es posible reñir: se les muerde el bolsillo... y nada; se les lastima la salud... y tampoco; se les aporrea al honor... ¡y siguen tan frescos!...

¡Pensar que hay individuos capaces del miserable heroísmo de perdonárselo ¡todo! á una mujer! ¿Es por filantropía, por grandeza de alma?... No; es, sencillamente, porque esa mujer, á mi juicio, sabe una caricia que ignoran las demás...

Luis de Ossa

París, 17 Marzo.

Ordubres variados

En Nueva York, acaba de inaugurarse el hotel más grande del mundo.

Tiene veintiséis pisos, con 1.600 habitaciones, en las que se pueden alojar 2.500 personas.

El piso 6.º que tiene 100 habitaciones,



Zlla.—¡Ay Dios mío, estoy perdida! ¿Quién le ha dicho á usted que me gustan en la garganta?

está reservado á señoras solas; el 22º á hombres tan bien solos.

¡Extravagancias yankis!

Esta separación por sexos y por pisos, puede dar lugar á graves trastornos.

Incluso que el mejor día los del piso 22º acuerden bajarse en masa al piso 6.º

Que sino es precisamente el sexto, es una aproximación.

«La Vainilla cura la tuberculosis».

No es un reclamo, sino el título de un suelto de *La Epoca* que ya saben ustedes que se coge la moral con un papel de seda.

Afirma el colega que varios médicos que

han estado en Méjico (no sabemos si para presenciar las degollinas que allí ha babido y sigue habiendo), han observado que entre los obreros empleados en las plantaciones de vainilla no se registra caso alguno de tuberculosis.

Por el contrario, se ha comprobado que algunos taberculosos que trabajaban, han recobrado por completo la salud.

De investigación á investigación, resulta que esta acción es debida al polvo que se desprende de la vainilla durante la desecación.

¡Y hasta ahora que nos habian hecho creer todo lo contrario, ó sea que la culpa de la mayor parte de la tuberculosis; la tenía el polvo de la vainilla!

;;

Los ciudadanos londinenses cansados ya tantas estridencias de los sufragistas, se han dedicado á meterse con ellos de un modo violento.

El otro día convocaron á un mitin, y cuando estaban congregadas en el local, llegaron numerosos grupos de hombres antisufragistas que iban pertrechados de naranjas y las lanzaron al interior, apedreando despiadadamente á las danzas del concurso que tuvieron que dar el acto por terminado.

Podrá ser de mejor ó peor gusto que les arrojasen naranjas; pero lo que resulta incalificable es que se ensañasen desde fuera del local.

¡Ya puestos á tirárselas, que se las hubieran tirado dentro!

;;

Una elegante dama inglesa, que se encuentra invernando en Sevilla, ha dicho á un periodista que la receta para que las mujeres tengan la pantorrilla bien modelada y el pie pequeño, es de lo más sencillo que puede imaginarse.

Consiste en que al acabar de comer permanezcan tendidas sobre la cama por lo menos durante media hora y en posición horizontal.

De esta manera—dice—el comienzo de la digestión no hace que se recarguen las piernas y con el peso se deformen, ejerciendo á su vez la misma acción sobre el pie.

Tumbaditas en la cama durante media hora, por lo menos, y boca arriba. ¡Qué receta más rica!

Lo que ocurre que en éste, como en todos los medicamentos, lo que es bueno para el hígado, es malo para el bazo.

LOS RATONES



La criada.—Señorito, el yeso se ha deshecho y los ratones saldrán otra vez.

El señorito.—Como que yo creo que en este agujero hay que meter algo duro.

Y ya saben ustedes que, según todos los médicos, ciertas posiciones, á raíz de haber comido, son peligrosísimas.

¿No podría dejar la dama inglesa el efecto de su tratamiento para cuando se haya hecho la digestión?

O por lo menos que cambie la posición por pasiva.

;;

En el Trianón sigue haciendo las delicias del auditorio la canzonetista Zazá.

He ahí un caso de ascenso bien notorio en la carrera de una artista.

Debutó en el aristocrático salón de espectáculos como número para comenzar



—Oye, ¿ese es cónsul americano, verdad?

—No; me consta que es embajador.

sesión, y por sus propios méritos, ha ascendido lugares hasta llegar como «estrella» á ser la artista que cierra el programa.

O lo que es lo mismo, dicho en el *argot* de entre batidores, refiriéndose á la cortina:

Entró para levantarla y acaba bajándola.

Mis-Celanea

Sucedidos Doscientos mil francos ha recibido hace pocos días una de nuestras más encantadoras empenachadas, como dice el diario de París en que leo la noticia, por aguantarse y consentir que se case el marqués de L (de Lila, como si lo viera).

La verdad es que nosotros somos un pueblo sin costumbres.

Porque si yo hubiera recibido indemnización (dos ó tres duros, por ejemplo) de todas las novias que se me han casado con otro, á estas horas tendría una fortuna.

Hay que ver que tengo buena mano.

Y es que los ricos me tienen envidia mortal y en cuanto le he dicho á mi mujer «adiós, prenda», enseguida le ha salido un rico para casarse.

Por eso, siempre que empeño la levita, digo en alta voz: «¡Adiós prenda!»

Pero, ¡ni San Antonio puede con esa viuda!

■

Desde que al niño gótico X le dieron una bofetada en el *foyer* del teatro, no se le ha vuelto á ver el pelo en los espectáculos públicos.

Y decía anoche un amigo suyo:

—No volverá hasta que se suprima la *claque*.

X



Ella.—No te enfades, pero la mejor demostración de cariño que me puedes dar es respetarme.

El.—Bueno, pues entonces haz el favor de cambiar de postural

Lea usted el martes
EN EL LIBRO POPULAR

La primera de abono

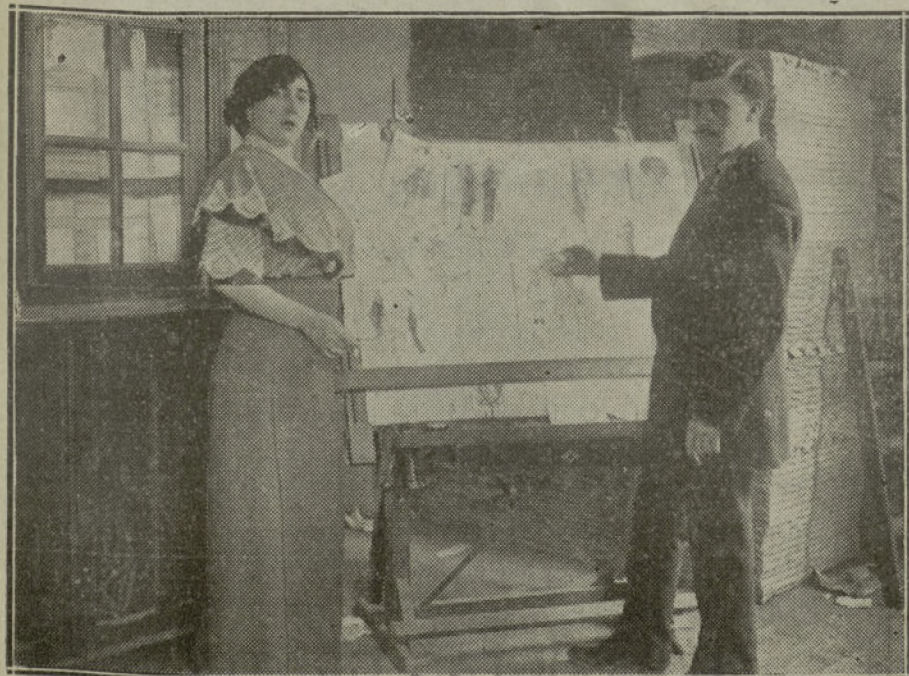
Novela de
ANTONIO DE HOYOS

Ilustrada por Marín

Véase el número anterior de LA HOJA DE PARRA

Como la dificultad de canjear los cupones, impedirá á nuestros lectores de provincias tomar parte en este Concurso, en breve anunciaremos otro exclusivamente para ellos.

No hemos decidido todavía todo lo que les ofreceremos; pero será, entre otras cosas, viaje en primera de ida y vuelta á Madrid desde la estación más inmediata al lugar de su residencia dentro de España; habitación pagada durante cinco días en el Palace Hotel; un tendido de sombra para una corrida de toros..., y derecho á casarse con la peruana del automóvil, según nos dice ella, si para entonces, nuestra hermosa amiga no sacó del primer Concurso «su media naranja».



«ELLA» CON EL DIBUJANTE DEMETRIO —Seguirán otros retratos..

¿Por

Si con el DEPURATIVO
PLETAMENTE INOFEN-
sivos en media docena

SIFILIS,

Reuma, Artritis, Intestinos, Escrófulas, Estómago, Gota

y en general, todas las enfermedades de la SANGRE IN-
FECTA y VICIADA.

Si sufrís es porque queréis, pues la curación es RADI-
CAL y GARANTIDA.

El DEPURATIVO RADICAL ha sido incluido en el for-
mulario de Hospitales militares por real orden de 1.º de
Febrero de 1913.

De venta en todas las buenas farmacias, en la de «La
Paloma», Toledo, 54, y en el depósito general, calle de
MONTERA, número 4, á 7 pesetas frasco.

CONSULTAS GRATIS

Talleres particulares de LA HOJA DE PARRA